

jas, en los alrededores de Valencia

forjado, y
bezas, co-
ba la me-
enebrosas,
sonasen
idos...
tas, figu-
n: «Esta
e Gubau-
de mil c
más abajo,
a ventana
scudo, se-
on leones
del ilustr

tradición
entre sus
ué donde
Juan de
buen ca
por una
despecho
gró saltar
uercos...

su mis-
expresión
upos: pe-
la livian-
rnando V

estando
o amores
a bilbaí-
De estos
a — que
a chiqui-
ible man-
rdeando

amaba la
ya de
Madrigal,
a, y más
a Burgos,
dad.

liosos en
memera-
lugar en
edia, en
s luchas,
tragedias
ndo len-
apellidos,
marcan
sus vez
s tonall-

amonto-
os siglos,
stas des-
vigoroso
e, magis-

o si un
arrasado
un erial,
l avance
renova-
que de
las rui-
la civi-
ciudades,
vida, se-
genera-
n excla-
la gran

pyramides
nt...

avaca.

abismático que es el presente y como se siente fracasado y resignado en el fondo de la tierra, buscando el disimulo y la postura para ir pasando, sordido hasta aguantar ese enterramiento en vida.

Las cuevas tienen un silencio especial y la responsabilidad de lo que en ellas sucede es de otra categoría que lo que sucede en lo alto, en los edificios que dan a la calle. En las cuevas hay una sombra mediatunda aunque el jazz-band no quiera, y se fuma el opio de la nada, aunque no se quiera.

Yo casi siempre me sitúo en los salones a flote sobre el nivel de las calles y miro la escalera que conduce a la cueva elegante, con pánico, con tristeza, con desgano de lo que sucede allí abajo. Cuando algún caballero o alguna pareja de enamorados se pierde por la escalinata que da a la sala, me dan una sensación de seres engañosos, fugaces, que van a enterrar lo que debieran enmascarar. Siento que no tienen que ver nada conmigo los que bajan a la cueva y que son de otro peso específico.

¡Qué ciudadanos dignos de sufrir todos los tormentos de la ciudad los que bajan a las cuevas! ¡Ellos y ellas dignos de ser mecanógrafos, contables y taquígrafos!

En las cuevas los langostinos están más pálidos y los mitrados parecen preparar un entripado mucho más ciudadano.

Alguno de los que se esconden en la cueva en cuanto pueden es que han sido conejos en alguna generación.

Entre los que prefieren las cuevas están los que temen ser vistos, los don Juanes que temen a la mujer implacable y los doña Juanas que tienen miedo a un don Pedro el Cruel. En la cueva es raro que aparezca el vengador o la vengadora en lo alto de la entrada. Si apareciera no tendrían escape y caerían en la sima de su culpa, pero es muy raro que eso suceda, pues entre otras cosas, los que buscan la infidelidad desdennan la de las cuevas porque ya está como en el infierno.

Pero, con todo lo dicho, a veces bajo a las cuevas. Quiero comprobar su especial ambiente de ultratumba y pido sus carnes frías, sus embutidos, sus jamones que estiraron la pata, todo el repertorio ultratumbico de su menú especial.

El automóvil educado—

El automóvil educado no es el que no pilla a nadie ni descompone la marcha de esos matrimonios rechonchos que tanto se asustan sólo con su amenaza.

El automóvil educado lo demuestra de muchas maneras. Es automóvil que no toca mucho la bocina y que no suelta nunca sus escapes de estampido ni hace que rechinen sus frenos al parar, subrayando con dentera el frente de los portales.

El automóvil primerizo no suele ser educado. Le gusta saltar, llenar

dad de uno de ellos. La emoción es inaudita. Se han saludado cuando han querido a través del mundo y no se conocían. La voz es lo que más les sorprende, pues hablándose todos los días no tenían idea de su voz y la voz orienta algo en la amistad por teléfono.

Tampoco se habían escrito, cuando también la escritura orienta un poco en la fisonomía que ha de tener el que nos escribió como desconocido. Las exclamaciones de los dos extraños amigos son parejas:

—¡No me lo podía imaginar tal cual es usted! No le hacía con esas largas barbas en forma de banda.

—Ni yo le hacía a usted con ese bigotito que parece un bigote que se le ha quedado chico.

Pero después de esas sorpresas, más verdaderas que nunca, los dos amigos van juntos a todas partes toman café juntos en todos los cafés de la ciudad, se regalan con los grandes puros de la amistad extra-

ordinaria, asisten a los teatros ilenos de mariposas blancas, se hacen un retrato juntos.

El «M, R, L, X, P-32», y el «R, C, M, H, X-221», por fin se despiden en la estación friolenta de Sieda después de haber paseado por última vez por la ciudad escarchada y esencialmente la ciudad de los paraguas y las gomas para los paraguas.

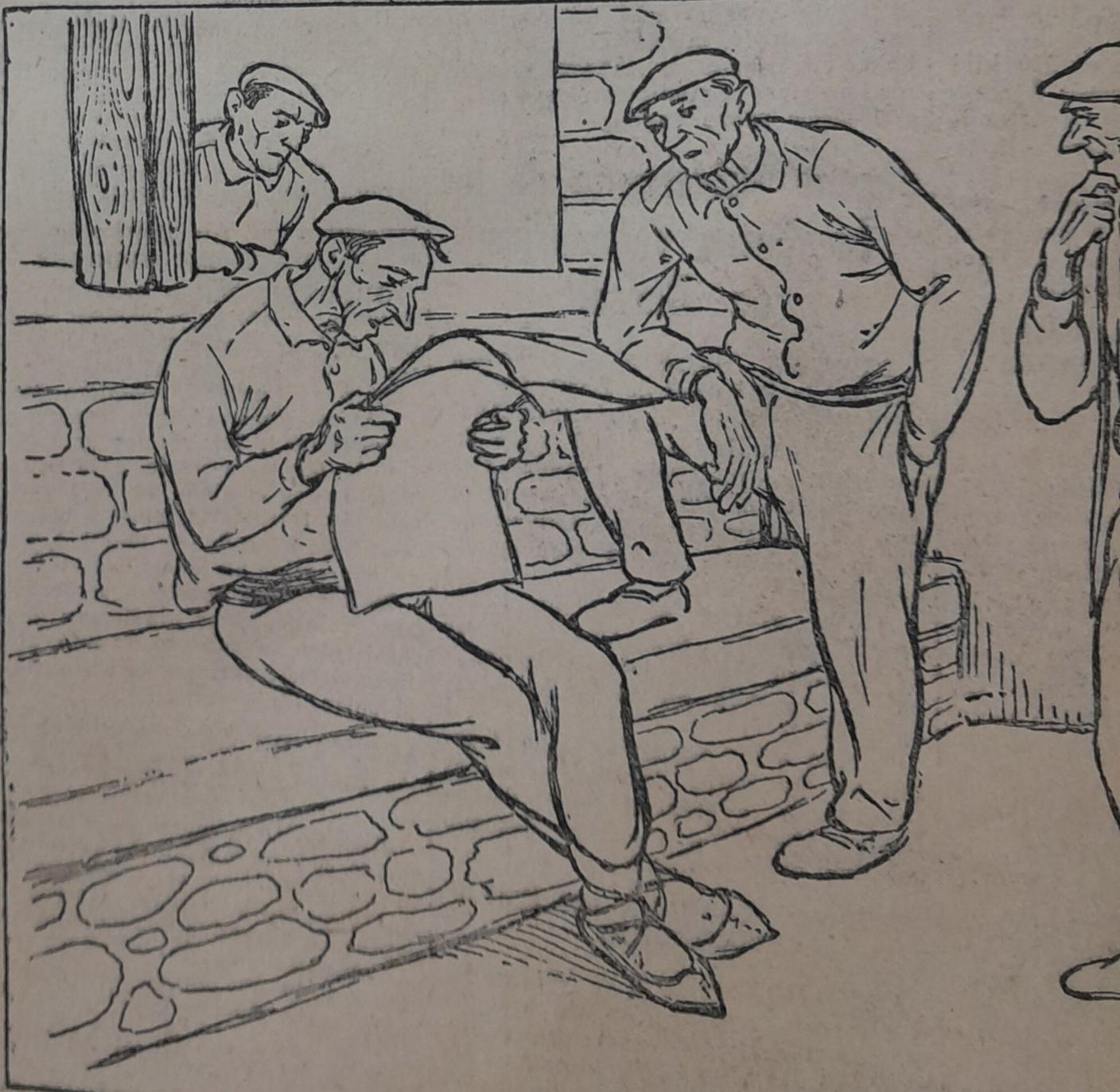
Al llegar el «R, C, M, H, H, X-221» a Nueva Zelanda produce la chispa en su aparato, se pone los auriculares y comienza a dar las gracias a su amigo lejano. ¡Qué emoción! ¡Emoción suprema!

Ya le conoce, le ve con sus grandes barbas en forma de banda, se le supone en esa postura de jefe de estación, sentado en la mesita del teléfono que toma el radioescucha.

Fuente de la Serna

EL RAID DE FRANCO

De AR



—Ahora, siquiera, ya va a ser fácil ir a Américas... ¡Un "rail" por hecho con cuatro o cinco "tapas" na más, unos aviadores o esos.

Jose

Exportaciones

Ec

Durante el año ción española a 1.805.457 pese 1.577.707 pesetas a Vigo, 21.008 a Valencia, 16.902 a setas a Santan La exportaci Bolivia en este mado 1.353.333. diendo a Bare setas, productor das, 143.092.35 688.129.87; man setas 244.325.12 a Vigo, 168.821 (ado), y a Bil tos alimenticio y manufactura